

La familia ante la transmisión de la fe en un contexto de secularización

The family before the transmission of the faith in a secular context

Javier Aznar Sala

Doctor en Investigación y Desarrollo
Profesor del Departamento de Teología,
Razón y Fe y Moral Católica
Universidad Católica de Valencia
fjavier.aznar@ucv.es; xaviaznar2@gmail.com

Resumen: La transmisión de la fe en el núcleo familiar ya no depende exclusivamente de los padres, sino que se dan numerosos factores sociales que inciden en la decisión última de los hijos. En los últimos años, las familias han ido perdiendo el protagonismo que les era propio en tal sentido: la falta educación religiosa madura, el fuerte ambiente secular, junto con las diversas influencias que reciba el niño a lo largo de su vida, serán clave en su elección definitiva. Para poder superar estas dificultades que encuentran las familias actuales, proponemos fortalecer la trasmisión de la fe desde la vivencia identitaria con otras familias, pues ni los encuentros religiosos ocasionales, ni el colegio, podrán afianzar una fe que no se ha fortalecido desde el inicio en torno a la familia, la comunidad de referencia y crecimiento religioso y la escuela.

Palabras clave: Familia, Juventud, Socialización Religiosa, Escuela, Comunidad.

Abstract: The transmission of faith in the family nucleus no longer depends exclusively on the parents, but there are numerous social factors that affect the final decision of the children. In recent years, families have been losing their leading role in this regard: the lack of mature religious education, the strong secular environment, along with the various influences that the child receives throughout his life, will be key in your final choice. In order to overcome these difficulties encountered by current families, we propose to strengthen the transmission of the faith from the identity experience with other families, because neither occasional religious meetings nor the school can strengthen a faith that has not been strengthened since the beginning in around the family, the community of reference and religious growth and the school.

Keywords: Family, Youth, Religious socialization, School, Community.

1. Marco de la secularización postmoderna en el que viven las actuales familias

Decir a modo de preámbulo que “la fe es un don de Dios y que no es algo que se legue a los demás así sin más, pues requiere de un acto de entendimiento y voluntad libres de cada persona en su trayectoria vital” (Marín Velasco, 2002, p. 86). Es por ello, por esa libertad individual en las decisiones finales, por lo que sabemos que hay muchos padres cristianos que no han logrado que sus hijos lo sean, y al mismo tiempo, padres paganos que han visto alguno de sus hijos entregarse al sacerdocio o la clausura o formar una familia realmente cristiana. Si bien es cierto que la familia juega un papel primordial en la transmisión de la fe de sus hijos, como primer núcleo vital y de enseñanza donde se gesta y favorece el clima adecuado para que este don pueda darse, existen numerosas variables sociales que pueden impedir o dificultar este mensaje. Por ello cabe señalar que: “la posición religiosa no se hereda, es una opción personal libre y consciente, pero una débil socialización religiosa no es el caldo de cultivo más apropiado para poder realizar esta opción” (Cerezo y Gómez, 2006, p. 104). En un marco normal, la fe se ha gestado entre dos ámbitos concretos: el primero de ellos la familia y el segundo la sociedad que ayuda y acompaña al infante dentro de los ámbitos de la catequesis y la escuela. No obstante, esta realidad a la que estábamos acostumbrados socialmente hablando se ha ido resquebrajando con el paso de los años en el contexto de una sociedad altamente cambiante. Aún así, debemos establecer como primera premisa que los padres son los primeros testigos de la fe de sus hijos, pues: “Los padres, como testigos privilegiados del amor de Dios, han de poner en relación a sus hijos con Dios” (Scola, 2002, pp. 41-46).

Las familias contemporáneas viven en medio de un imaginario social de secularización del que es imposible abstraerse y, como señala algún pensador contemporáneo, este imaginario abraza a todos y cada uno de los agentes que componen una sociedad determinada y, sobre todo, las familias: “lo interesante del imaginario social es que lo comparten amplios grupos de personas, si no la sociedad en su conjunto” (Taylor, 2006, p. 37). A este momento histórico lo denominamos postmodernismo que acontece después de un largo proceso conocido como modernidad. No es fácil definir la postmodernidad y, a su vez, dictaminar una fecha de inicio de la misma, pero el sociólogo Pérez Adán nos da un par de pistas interesantes al respecto, pues según indica, “superada ya la primera mitad del siglo XX aparecería la postmodernidad y traería consigo un segundo impulso secularizador que comenzara ya con la modernidad” (Pérez Adán, 2006, pp. 102-103). Al mismo tiempo que nos sitúa en el momento en que emergiera este periodo, nos da otra información más interesante si cabe: se trata de un periodo en el que la secularización ha retomado

un novedoso impulso e incide en la vida ordinaria. Por secularización entendemos la progresiva desafección religiosa que comenzara con la Ilustración y que ha orillado en nuestros días con una fuerza mayor si cabe. Como señalara el pensador canadiense, Charles Taylor, “el secularismo consiste en el desplazamiento de la religión fuera de la esfera pública” (Taylor, 2006, p. 214).

Desde esta perspectiva, cualquier pretensión religiosa de trascendencia se identifica automáticamente como una pretendida imposición de ideas que cabría circunscribir al ámbito de lo privado. Por todo ello, se hace necesario delimitar con claridad lo que es propio del terreno público de lo que es propio del ámbito privado y esto supone un riesgo social del que cabe estar alerta, pues se pueden vulnerar derechos de las familias: “la privacidad entendida como la posibilidad de separar conceptualmente ámbitos de legitimación para el egoísmo, supone la negación de la sociedad” (Pérez Adán, 1998, p. 70). Irrumpe con fuerza en la era postmoderna, impulsado por los poderosos medios de comunicación social, lo denominado *políticamente correcto*, con el riesgo de homogenizar el pensamiento público y marcar una delgada línea roja entre lo asumible o no asumible en la vida pública. Así pues, para el sociólogo valenciano Jesús Ballesteros, esta pretensión conduce hacia un relativismo cultural del todo vale y del nada tiene valor (Ballesteros, 1989). La postmodernidad considera que la religión debe permanecer en el ámbito de las conciencias y de ahí que las familias tengan serios problemas en la transmisión de la fe de sus hijos al no contar con la debida socialización que antes les acompañaba, es más, se topan con numerosos inconvenientes: “Las complejas transformaciones culturales que ha sufrido Europa en general, y España en particular, han mutado profundamente el escenario en el que se vive y se transmite la fe” (Larrú, 2011, pp. 131-150).

Posiblemente, la época postmoderna supone los dos aspectos, es decir, afirma por un lado los logros de la modernidad y por otro manifiesta cierta insatisfacción por lo logrado. Se define este periodo como un momento de marcada ambivalencia y de constantes paradojas que se trasladan al interior de las familias, pues no pueden quedar como células aisladas de lo que ocurre a su alrededor: “cuanto mayor es la libertad de costumbres, mayor es el sentimiento de vacío; cuanto más se institucionalizan la comunicación y el diálogo, más solos se sienten los individuos; cuanto mayor es el bienestar, mayor es la depresión” (Lipovetsky, 2000, pp. 127-128). Esta marcada distancia entre lo que viven muchas familias y lo valores que pretenden transmitir a sus hijos, entre ellos la fe, no deja de ser uno de los mayores problemas a los que se enfrentan los creyentes en la actualidad. En muchas ocasiones, uno de los principales problemas que angustian a padres y abuelos es este: “La desarticulación de la familia natural, la pérdida de los valores morales tradicionales y la fragmentación de las comunidades”

(Dreher, 2018, p. 31). No en vano, el Papa Francisco, en su última exhortación apostólica, alerta del peligro que supone “la ruptura entre generaciones y la pérdida de memoria colectiva” (2019, p. 113). Ante esta realidad, autores como Rod Dreher, proponen la llamada *opción benedictina* (2019), que supone un tipo de Iglesia y de fe en retirada de la sociedad –a sus cuarteles de invierno– para afianzarse a sí misma y en única referencia a sus valores en pequeños grupos y comunidades familiares. Nosotros en cambio, estamos más en sintonía con la *opción paulina*, donde la familia salga en aras de la evangelización y donde sea posible levantar pequeñas células de fe allí donde ésta se ha perdido. Más aún, un libro recientemente publicado, propone una tercera vía muy interesante, como es la conveniencia de la *opción mariana*, para ser vivida por las familias actuales que sepan asumir su rol protagonista en una sociedad carente de referentes sólidos y no sean únicamente meras observadoras de una realidad que no les gusta, por lo que las familias actuales han de sentirse llamadas a influir en sus ambientes más cercanos desde el atractivo del amor que poseen y que pueda contagiarse al resto que viven sumergidas en una grave crisis de rupturas y desánimo. De este modo, las actuales familias cristianas han de saber tomar el testigo de ser ejemplo en medio de un mundo nada fácil pero que no ha perdido en el sentido de la belleza:

Se dice que la sociedad toma un rumbo u otro en función del papel y las decisiones de quienes más influyen, lo que conforma un *pensamiento dominante*. La fuerza de la cultura dominante en las vidas de las personas depende de su grado de permeabilidad, o visto desde otro ángulo, de su capacidad refractaria para rechazar los presupuestos circulantes. El llamado liderazgo es un factor importante en la sociedad actual, pero también lo es, o debería serlo, la capacidad crítica y las convicciones que conforman la personalidad de cada quien (Pérez Adán, 2019, p. 136).

Por lo que se refiere a *la opción mariana*, nos estamos refiriendo a un ausentarse, es decir a un irse con todas sus consecuencias de la cultura pagana, pero sin moverse del sitio, también con todas sus consecuencias. Se trata de un no dejarse contagiar por esta *pendiente resbaladiza* del hacer lo que todos hacen. No queremos dejar un hueco más donde se extiendan poderes alternativos y opuestos para vivir en una especie de gueto, sino que las familias cristianas han de ser reconocidas para que lo pagano se reconozca a sí mismo también como lo que es y, en consecuencia, deje su militancia cultural anticristiana para conformar ámbitos políticos de convivencia y respeto. Nos referimos a que los discursos vigentes sobre la responsabilidad y misión de los laicos se reflejen visiblemente en las estructuras eclesiales, dando así también un protagonismo a la mujer del que ahora carece. Las diferencias entre tres posibles opciones para las familias cristianas actuales pasan por estas tres posibles vías: Benedictina,

Paulina y Mariana. Lo que cada una de estas opciones conlleva se desmenuza en la siguiente tabla y dibuja posibles tendencias de familias cristianas.

Tabla 1. Visión esquemática de las tres posibles opciones en las que pueden vivir las familias cristianas

Opción benedictina	Opción paulina	Opción mariana
recluirse	reinstaurar	reinventarse
aldea y claustro	areópago y <i>polis</i>	corazón y <i>domus</i>
separación	ciudadanía	relación
comunidad cerrada	civilización	comunidad abierta
circular	vertical	horizontal
familiar	masculino	femenino
pasado	presente	futuro
irse (nuevo espacio)	quedarse	irse sin moverse
pasado idealizado	presente perfectible	futuro desconocido
religioso	sacerdotal	laical y familiar
asistémico	sistémico	Post-sistémico
negación	afirmación	negación
apolítico	político	anti-político
ruptura mundana	reforma mundana	ruptura mundana
continuidad eclesial	continuidad eclesial	reforma eclesial

Fuente: Elaboración propia a partir de Pérez Adán (2019, online)

Todo lo expresado con anterioridad hace necesario un nuevo paradigma donde se generen vínculos de interdependencia frente al aislamiento postmoderno de las familias. En cambio, muchas familias tienen otra perspectiva de lo que debe ser la transmisión de la fe, pues no pretender discriminar estilos de vida como mejores o peores, sino más bien promover valores como la libertad, la tolerancia, etc., sin ser la religión uno de los valores en alza en las sociedades postmodernas y postergan la opción religiosa de sus hijos a un futuro donde sean sus hijos los que decidan, lo que normalmente acaba con una ulterior indiferencia religiosa. Aunque la familia sigue jugando un papel crucial en nuestras modernas sociedades, no todas las familias operan del mismo modo y la variedad de opciones es la tónica predominante en la actualidad (Donati y Solci, 2011). El peligro de reducir el ser humano a un mero producto de consumo o de variables

socioeconómicas, con la consiguiente ofensa de la dignidad humana, hace necesario defender en la actualidad la vida y los derechos humanos en el seno familiar frente a posturas que cercenan la dignidad humana (Sen, 2000). Resulta esclarecedora la aportación de algunos filósofos contemporáneos cuando se preguntan sobre la posibilidad y necesidad de establecer un suplemento de realidad más allá del mundo de la experiencia en el que se ha sumergido nuestro actual imaginario. De alguna manera, han sabido plasmar en sus escritos la insatisfacción y frustración del hombre postmoderno, pues se esconden realidades existenciales que siguen latentes y las familias actuales han de asumir (Gomá, 2013).

Para el filósofo Javier Gomá, la fe es solo uno de los cuatro aspectos en los que tiene que ser entendida en la actualidad la religión entre las familias. El culto es una dimensión, la moral otra y ésta puede estar desvinculada de la fe. La propia fe sería otro aspecto de la religión, y la plegaria y la meditación propias de las religiones orientales, sería otro. Javier Gomá considera que el neopaganismo también se presenta como una forma alternativa de pseudoreligión occidental. El sujeto moderno puede volver a la práctica religiosa, moral y de fe, pero lo hará desde una dimensión individual y no siempre en sintonía con la Iglesia o comunidad institucional. Todo ello se debe al notable cambio de paradigma que se ha operado en las familias en el último siglo y al que se une la falta de madurez en la que ha crecido la fe en muchas de ellas, o la vivencia de una religiosidad poco profunda, lo cual es decisivo a la hora de la pérdida de referentes religiosos que han quedado en ideas propias de la infancia:

Uno de los problemas que tiene el hombre moderno formado en la tradición cristiana es que recibe una formación cristiana para hacer la primera comunión y evoluciona su formación individual en lo que representa su propia experiencia del mundo –su experiencia de la vida, sus ideas políticas, sus ideas sociales, sus ideas amorosas, sus ideas económicas–, y sin embargo sus ideas religiosas son las de su infancia a los ocho años. Claro, entonces llega un momento en que esas ideas no le son convincentes porque son infantiles, y pueriles. Y a lo mejor uno las asocia a acontecimientos familiares gozosos, o incluso, por qué no, a una tradición familiar, los abuelos seguían estas tradiciones, los padres, navideñas... Pero las explicaciones o la dogmática o la representación del mundo es infantil y cuando uno llega a su madurez ve un desequilibrio enorme entre la representación religiosa infantil y la madurez que uno ha tenido en otros campos, pero que no ha tenido la paciencia de indagar sobre esas mismas preguntas con la madurez, con la inteligencia, con la sabiduría y la experiencia propias de su edad (Gomá, 2019, p. 76).

Esta realidad que estamos constatando se caracteriza en muchas ocasiones por no asumir el rol al que siempre ha obedecido la transmisión de la religiosidad en el seno familiar. No son pocas las veces

en las que muchos padres dejan la decisión de sus hijos postergada al momento en que llegue su madurez y puedan asumir libremente su propia decisión, especialmente en materia religiosa, sin hacer mayor empeño en ello. Este hecho, evidentemente, traslada una decisión importante a un futuro incierto, pues en la infancia no se tejieron los resortes necesarios para que pudiera darse una inclinación hacia lo religioso una vez llegada la adolescencia o la edad adulta que confronta las propias convicciones con el imaginario social que le envuelve. Por ello, son muchos los que acaban por pensar que la religión es propia de pensamientos arcaicos y poco consistentes:

Ninguna generación ha sido nunca tan autónoma, con un horizonte menos predeterminado, más abierto. Estamos ante la generación juvenil que más medios materiales y recursos culturales y formativos tiene de toda la historia. También la generación que en mayor grado depende de sí misma para construir su universo de valores, sus proyectos de vida, su vida misma. Son padres que ponen en práctica la neutralidad axiológica, porque ellos mismos no tienen propuestas diferentes: mis hijos escogerán lo que mejor les parezca cuando sean mayores (Díaz, 2001, p. 61).

Uno de los mayores problemas que tienen las familias, por tanto, es educar a sus hijos en una fe adulta y que esta sea capaz de superar la formación religiosa que se dio en la niñez para que se mantenga firme en la vida adulta. Pues, llega un momento en que esa fe recibida no les es convincente y va a ser puesta a prueba en un contexto, en ocasiones, hostil: “El individualismo, el relativismo y el emotivismo son tres grandes dificultades para transmitir la fe en la actualidad y afectan a la familia de un modo muy directo. Son tres rasgos que se aúnan en el secularismo o laicismo contemporáneos. La debilitación social de la familia ha ido acompañada de una debilitación interna de la fe cristiana, que ha tenido también su incidencia en la disolución de las relaciones familiares” (Larrú, 2011, pp. 131-150).

2. El momento clave de cambio religioso en las familias españolas

La realidad actual en España es que la transmisión de la fe en las familias se ha ido perdiendo progresivamente en los últimos decenios debida, en parte, a nuestra propia coyuntura histórica y a la fuerte entrada actual de la secularización. No olvidemos que en la España de la Postguerra el catolicismo quedó vinculado a un tipo de régimen donde parecía obligada la fe en el plano social y un determinado tipo de valores que de ella emanaban, lo que ha hecho que se dé un efecto rebote en referencia a un tipo de religiosidad que quedara vinculada a este momento, y que se fue debilitando una vez el sistema diera paso a una democracia efectiva. Evidentemente, este camino se ha ido dando progresivamente en nuestra sociedad, pero para muchos

la religión católica todavía queda asociada a espacios políticos que en nada le beneficiaron, pues cuando religión y política han ido de la mano, siempre ha salido perdiendo la religión. Para entender el salto cualitativo producido en un corto periodo de tiempo, en referencia a otras latitudes europeas, es bueno dar algunas cifras como las que siguen: “entre 1970 y 1989, el periodo del fin del franquismo, la transición democrática y el gobierno socialista, la quinta parte de los españoles han emigrado del espacio religioso al espacio de la indiferencia o al ateísmo. En 1970, el 96% de los españoles se declaraban católicos –‘practicantes’, ‘no muy practicantes’ o ‘no practicantes’– y el 3% se declaraban indiferentes o ateos. En 1989, estos porcentajes eran, respectivamente, el 72% y 26%” (González Blasco y González-Anleo, 2012, p. 23).

En los últimos años estos porcentajes se han agravado más si cabe. La práctica religiosa en la sociedad española ha disminuido alarmantemente, quedándose reducida a la mitad de los que frecuentaban la Iglesia en los años 70, mientras que el número de los ‘indiferentes’ se ha multiplicado casi por siete. En el último lustro las estadísticas indican que el 60% de la juventud española afirma no encontrar ningún sentido a conceptos como *Dios*, *Salvación* o *Iglesia*. Simplificando mucho las cosas, podríamos caracterizar la evolución religiosa de los españoles distinguiendo tres generaciones muy distintas entre sí. La generación de la Postguerra, estaría constituida por aquellos españoles que nacieron tras la contienda civil en torno a los años 50 y vivieron el auge de un tipo de religiosidad sociológica o de cristiandad donde todos quedaban referidos a un mismo imaginario de cristiandad. Esta generación constituye la mayoría de las personas que todavía frecuentan los templos y son los abuelos de los jóvenes que ahora estudiamos. La generación del Concilio estaría constituida por aquellos adultos nacidos en la década de los 70 del siglo pasado. Entre ellos predominan los católicos ‘no muy practicantes’ y se da una presencia significativa de ‘ateos militantes’. Esta generación ha roto con la anterior en el nivel de las creencias y son los padres de los jóvenes y adolescentes que han tenido una socialización religiosa pobre o periférica y que definitivamente ha sido abandonada en muchos casos. Todos ellos fueron educados en colegios religiosos o en colegios públicos con clase de religión, pero este dato ha sido poco relevante en la socialización religiosa al no ir acompañado por una arraigada religiosidad familiar que sustentara una opción que necesita ser sólida:

Religiosamente, parece que el proceso de secularismo, de descristianización, se ha acelerado. Hoy, uno de cada dos jóvenes se declara católico, mucho menos que hace una década. El panorama religioso de los jóvenes se segmenta en tres sectores cada vez más diferenciados: un primer sector lo constituyen los jóvenes creyentes, casi en su totalidad

católicos, practicantes, convencidos y consecuentes con sus creencias, activos en su confesionalidad y muchos de ellos participantes en asociaciones varias de identidad religiosa. Son seguidores fieles de su Iglesia y jerarquía, pero no fanáticos ni radicales; pueden representar entre el 12% y el 15% de esa juventud. Un segundo segmento, algo más amplio ya que el anterior, aproximadamente puede estar en el 20%, se compone de jóvenes que se auto-posicionan como agnósticos, ateos y, sobre todo, indiferentes, a quienes no les interesa la religión, prescinden de todo lo que se relaciona con ella, pero son generalmente respetuosos con otras posturas, aunque no falta algún reducido número de anticlericales (Blasco, 2006, p. 496).

Finalmente, una última generación que podríamos denominar del *cambio*, ha sido educada en el seno de una sociedad ya profundamente marcada por la secularización y que en ocasiones identifica religión con una determinada ideología política. Son las parejas o matrimonios jóvenes que empiezan a tener hijos y que han nacido en los años ochenta y principios de los noventa. Entre ellos predomina claramente la indiferencia religiosa y parecen identificados con una filosofía de vida desafecta con lo religioso, especialmente en materia de costumbres: “El florecimiento del amor libre, sin Dios ni moral heterónoma, prometían la felicidad en la liberación del hombre como un absoluto. En esta generación el número de ateos ha crecido significativamente. Los católicos practicantes de este grupo apenas supera el 15% de sus miembros” (Escudero, 1997, p. 171). Podemos caracterizar la situación religiosa actual de nuestra sociedad española como una época de gran aumento de indiferencia religiosa. El desapego es la atmosfera social actual en la que crece la gran parte de nuestra juventud. Además, se ha democratizado en el seno familiar el nivel de las opciones, lo cual tiene de positivo la espontaneidad de las elecciones particulares, pero en negativo repercute en el nivel de pérdida de las tradiciones recibidas:

En el seno familiar, la autoridad debe ejercerse con mucho «cuidado» para no hacer saltar las relaciones entre los componentes y hacer gobernable el hogar. También se limita u omite la transmisión de valores ideológicos, sociales o religiosos, para no plantear conflictos o distanciamientos y, sobre todo, para mantener el contexto familiar en paz y armonía, objetivo que parece prioritario en muchas familias españolas. Por otra parte, la familia se encuentra inmersa en la crisis general que afecta a todas las instituciones, sufre de un movimiento anti-institucional de fondo, existente en el ambiente social (Blasco, 2006, p. 494).

Personas cuyos lazos con la institución eclesial estaban muy debilitados por su pobre o nula práctica religiosa y que se ceñían a ocasionales encuentros marcados por algún acontecimiento puntual, se han ido deslizando a posturas donde lo religioso ya resulta completamente irrelevante. Todo esto comporta un enorme cambio en el

panorama religioso de nuestra sociedad y del espectro familiar, aumentando sobremanera el número de los alejados y la aparición de topo de tipo de nuevos modelos de familia. Es importante entender el carácter post-cristiano de muchos contemporáneos nuestros, es decir, aquellos que siendo educados en la religión cristiana han abandonado cualquier práctica religiosa, considerándola superada por la ciencia o la vida moderna. El cristianismo se convierte para muchos en un recuerdo de la infancia en el mayor de los casos y vinculado al sacramento de la comunión. Los principios morales y los dogmas son rechazados en parte y se perciben como fuera de la realidad en la que vive el hombre post-moderno. Aparece una generación de jóvenes indiferentes que ya no han recibido una formación religiosa en su juventud, esto genera un abismo si cabe aun mayor, donde el joven es incapaz de entender el lenguaje y la cultura religiosa, únicamente mantiene algunos prejuicios poco fundados en lo que se refiere al relato religioso. Desconocen, por tanto, los símbolos religiosos, los personajes que componen la Historia de la Salvación, etc. Como señalara en su momento el alcalde de Madrid a modo de profecía: “Cada vez hay menos cristianos y menos ateos. Cada vez aumenta más el número de agnósticos” (Tierno Galván, 1992, p. 66). Si atendemos a los recientes informes del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), los datos parecen confirmar estas tendencias (Figura 1):

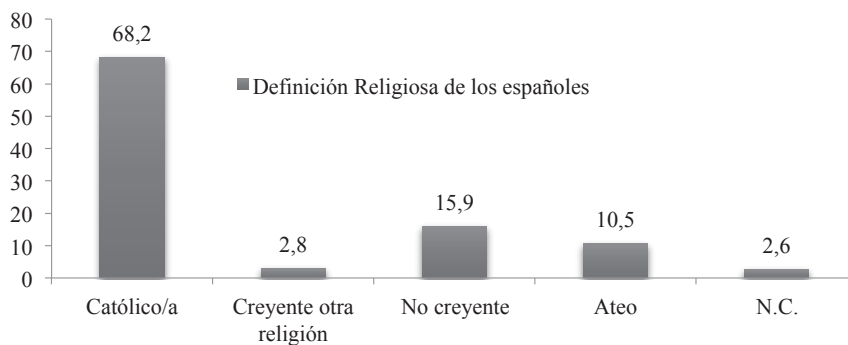


Figura 1. Pregunta 46: ¿Cómo se define Ud. en materia religiosa: católico/a, creyente de otra religión, no creyente o ateo/a?

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de *diciembre de 2018* ofrecidos por el CIS

Aunque el número de aquellos que se sienten católicos todavía es significativo, vemos como este dato no se refleja en la práctica religiosa, por lo que el nivel de religiosidad de nuestras familias es ocasional y no llega a producirse una socialización religiosa arraigada y

que tenga el poder de incidir en las jóvenes generaciones. Los datos son completamente actuales y nos sitúan ante una realidad de vivencia religiosa en forma de desapego. Uno de los mayores peligros a los que se enfrentan las familias en la actualidad es precisamente el de la educación de sus pupilos, pues los gobernantes parecen tener demasiado interés en conformar un modelo de ciudadanos que respondan a sus pretensiones ideológicas: “el empeño gubernamental por abrogarse el derecho a educar es un peligro acuciante en las modernas democracias” (Pérez Adán, 2017, p. 83). Se trata de una ambición que se aleja de la responsabilidad subsidiaria que se espera de aquellos que nos gobiernan, pues el hecho de querer modelar la realidad –según qué ideología– y dificultando otras opciones legítimas que van en la línea de elección de los padres a la formación religiosa y moral de sus hijos o la posible elección del colegio que desean para su prole, mina la libertad de los progenitores en materia de educación y conforme a una serie de derechos reconocidos en la Constitución. No en vano, muchos de estos derechos se están teniendo que dilucidar en numerosos tribunales de justicia. Como indica un importante sociólogo actual, esta realidad, basada en enfrentamientos estériles, en nada ayuda a la verdadera crisis educativa que padecemos: “Devolver la oración y la religión a la escuela no resolverá la crisis de la escuela pública, pero tampoco pondrá en peligro la clausula de separación [Iglesia-Estado]. El problema debiera ser presentado por ambas partes en términos menos dramáticos como un gesto relevante principalmente simbólico” (Casanova, 2012, p. 143). La diferencia entre el anterior gráfico y el que viene a continuación (Figura 2), donde sentimiento y práctica no se identifican, pues de sentirse católicos en un casi 70%, únicamente practican un 12%, es más que notable:

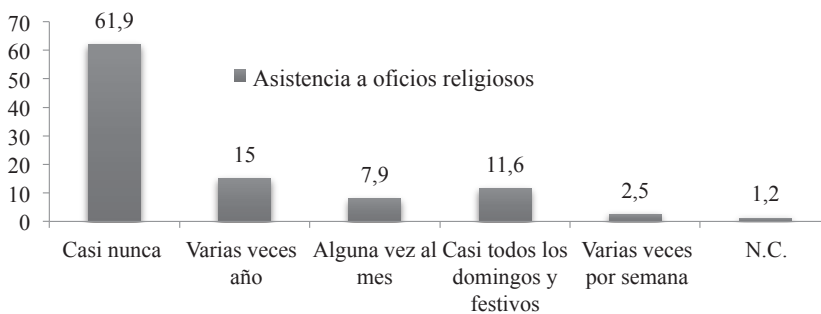


Figura 2. Pregunta 46a: ¿Con qué frecuencia asiste Ud. a misa u otros oficios religiosos, sin contar las ocasiones relacionadas con ceremonias de tipo social, por ejemplo, bodas, comuniones o funerales?

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de *diciembre de 2018* ofrecidos por el CIS

El hecho de que muchos se sientan o declaren católicos no tiene una real incidencia en sus vidas en términos morales, pues para que la fe arraigue en un hogar o familia determinada es necesario un acompañamiento serio por parte de los padres y, si es posible, de algún movimiento religioso que ayude en el crecimiento de la fe a la familia. El acompañamiento debe hacerse “junto a otros en familias y en comunidad, así reforzamos los cimientos de la fe” (Dreher, 2018, p. 83). En España, en la actualidad, hay numerosos carismas y movimientos nacidos en el seno de la Iglesia Católica que están ayudando a muchas familias a vivir una religiosidad madura que viene acompañada por el grupo de referencia.

Un denominador común en la juventud es la pérdida de sentido en medio de un mundo que se encuentra sin referentes sólidos, con una enorme incertidumbre ante el futuro y sin liderazgos claros. Se trata de un ambiente o modo de vida indiferente ante todo o casi todo, acomodado a cada momento, ajustado al instante y a las posibilidades de goce inmediatas que se transmiten por los innumerables programas televisivos. La indiferencia y la crispación o, lo que en boca de todos se refiere a la pérdida de referentes, se manifiestan en violencia en las aulas, paro juvenil, falta de expectativas, relaciones afectivas poco profundas y fugaces, etc. Todos estos factores apuntan a signos evidentes de crisis social, al parecer ya no existen respuestas seguras y definitivas en nuestro espacio cultural. A pesar de todo, la familia es la institución más valorada socialmente, pero ha perdido parte del influjo que tenía sobre sus descendientes. Por ello, “la familia baja como transmisora de valores pero sube en la apreciación como lugar de acogida, de apoyo, de seguridad e identificación personal” (Blasco, 2006, p. 496). De hecho, “los agentes socializadores clásicos (familia, escuela y parroquia) están perdiendo su influencia, no obstante la familia sigue siendo valorada por la mayoría de los jóvenes (66%) como fuente principal de su postura religiosa” (Cerezo y Gómez, 2006, p. 103).

Nuestro mundo o el espacio cultural que define a Occidente, se caracteriza por grandes conquistas en el terreno de la tolerancia y la libertad, nadie puede negar la sensibilidad ante los derechos humanos, la preocupación por la igualdad y una mayor justicia social, la lucha por la dignidad de la mujer y la defensa apasionada de nuestro entorno ecológico. A pesar de todos estos logros, a nadie escapa el clima de crisis en el que nos movemos. Esta conciencia de crisis viene de lejos, finales del XIX, atraviesa todo el siglo XX y se ha hecho especialmente presente en las primeras décadas del nuevo milenio. Podemos analizar algunas de las causas que han propiciado los nuevos estilos de vida y que han repercutido en la vida familiar y sus nuevos modelos o propuestas que, sin duda, merman la posibilidad de transmitir la fe en el hogar:

Respecto a la creciente disfuncionalidad de la familia que señala Pérez Adán podemos ofrecer algunos datos muy actuales y que resultan clarificadores. En España el número de familias monoparentales suponen ya el 10'7% del total y durante el 2016 se ha producido un incremento del 3'6%. Además, se producen casi siete rupturas por cada diez matrimonios, lo que supone una ratio muy superior a la media europea, que no llega a 5. A ello contribuye el hecho de que cada vez se celebran menos matrimonios –de 5,4 matrimonios por cada mil habitantes en el 2000 se ha pasado a 3,4 en 2014– y España está a la cola de Europa en nupcialidad (con matrimonios cada vez más tardíos con una media de 35,3 años). La mayoría de los españoles que se casan lo hacen solo civilmente –67,7% de los casos–. Se está produciendo un crecimiento espectacular de la natalidad extramatrimonial donde 4 de cada 10 niños que nacen son fuera de cualquier unión conyugal –con un total del 40,8%–. Respecto a la natalidad cabe decir que 4 de cada 10 parejas españolas no tienen hijos, lo que supone un 39,3% del total y el 14% de las parejas ya son uniones de hecho que no formalizan ningún tipo de matrimonio civil ni religioso. En España se rompe un matrimonio cada 5 minutos y desde la entrada en vigor de la *Ley del divorcio exprés* del año 2004 se han duplicado las rupturas, pasando del 1,1 millones de parejas separadas en el 2004 al 2,3 millones en el 2014. Además, 6 de cada 10 matrimonios que se separan tienen hijos con el drama que ello supone para los infantes, un total de 97.650 hijos sufren esta tragedia cada año en España. La media de hijos por familia en España está en el 1,32% cuando sabemos que para que se dé el reemplazo generacional es necesario llegar al 2,1%. La tasa de fecundidad en España ha descendido del 79,10% en el año 1979 al 39 % en el año 2015 (Aznar, 2018, p. 21).

Países, como el nuestro, que se han caracterizado por una floreciente religiosidad y vida cristiana y dieron origen a comunidades de fe viva y operativa y grandes santos. No obstante, como sociedad estamos sometidos a una dura prueba en materia religiosa e incluso sin respuestas ante el progresivo avance del indiferentismo religioso. Por ello, será ahora a la familia a la que se le pide fortalecerse y encontrarse a sí misma en su fe: “en efecto, la familia cristiana es la primera comunidad llamada a anunciar el Evangelio a la persona humana en desarrollo y a conducirla a la plena madurez humana y cristiana, mediante una progresiva educación y catequesis” (Juan Pablo II, 1981, n. 2). Tanto la indiferencia religiosa, como el ateísmo práctico, conducen a esta generación al mismo sinsentido y al vacío de Dios. La fe cristiana tiende a ser arrancada de cuajo en los momentos más significativos de la existencia humana, como son los momentos del nacer, del sufrir y del morir. El hombre contemporáneo queda a la intemperie ante los grandes interrogantes y enigmas de su vida. Por su parte –el emérito papa Benedicto XVI–, realizó en su momento un somero análisis de nuestra sociedad contemporánea y de cuáles eran las causas que determinaban la actitud de indiferencia religiosa en el seno familiar, concluyendo lo siguiente: “Cuando me pregunto cuál es la causa de que se vacíen nuestras iglesias, de que la fe vaya

apagándose silenciosamente, me gustaría responder que el motivo central es el vaciado de la figura de Jesús, a la vez que la formulación deísta del concepto de Dios. El sucedáneo de Jesús, más o menos romántico, que se ofrece a nuestros jóvenes no es suficiente. Le falta realidad y cercanía” (Ratzinger, 2006, p. 84).

El cristianismo, por tanto, ya no se percibe entre la juventud como una fuerza renovadora. El divorcio entre la moral propuesta por la Iglesia y los jóvenes es cada vez mayor, pero es posible que la respuesta venga dada por la cita anterior de Benedicto XVI, es decir, hemos construido un sucedáneo de Dios que no atrae. Se puede acaso aceptar de forma romántica la figura de Jesús de Nazaret, pero vivir su mensaje o aceptar la moral de la Iglesia es ya un paso difícil de dar en un imaginario secularizado. El concepto ‘pecado’ ha dejado de tener ninguna significación, es más, se le identifica con lo placentero, prohibido y por ello deseado, como signo de rebeldía y autoafirmación ante uno mismo y los demás. Además, la comunidad eclesial, como institución, sufre sus momentos más bajos de popularidad: “La Iglesia, hoy pequeña grey en nuestra sociedad, lha quedadol sometida a un calculado proceso de desprestigio” (Garrido Zaragoza, 2005, p. 184).

Nos situamos ante el predominio de la cultura del vacío de sentido que ha encontrado terreno abonado para llenarse de innumerables tendencias que apuntan única y exclusivamente a lo placentero, inmediato y efímero. Desde esta perspectiva, parte de la juventud permanece indiferente en su dimensión espiritual y religiosa, también porque a nivel cultural han dejado de conocer a Dios. Un hecho manifiesto es la progresiva pérdida de alumnos que escogen la asignatura de religión, por no hablar de aquellos que se preparan para recibir el sacramento de la confirmación, sin que en ambos casos, suponga un perfil de arraigada creencia, ya que para ello se requiere un serio proceso de madurez personal acompañada por la comunidad cristiana y frecuencia de vida sacramental. Del mismo modo, las instituciones de ideario católico han de hacer una necesaria reflexión en referencia a la misión, no solo educativa, que las vio nacer: “Los profesores y el personal de administración y servicios, habrían de imitar a Cristo en su trabajo dentro de los colegios y la universidad de ideario cristiano como se supone que lo harían fuera. Entre otras cosas, actualizarían su formación doctrinal, usarían las capillas, y rezarían en el aula con sus alumnos, respetando al que no quisiera hacerlo” (Pérez Adán, 2017, p. 38). El Papa Francisco se refiere también a esta realidad educativa católica con preocupación y señala: “La escuela necesita una urgente autocrítica si vemos los resultados que deja la pastoral de muchas de ellas, una pastora concentrada en la instrucción religiosa que a menudo es incapaz de provocar experiencias de

fe perdurables. Además, hay algunos colegios católicos que parecen estar organizados sólo para la preservación” (2019, p. 132).

3. Las familias y la religiosidad en cifras. Futuro de la trasmisión religiosa

El nivel de religiosidad en un determinado momento histórico puede verse en las formas matrimoniales que se adoptan según la opción que en ellas se conceda al matrimonio religioso. Hay cuatro posibles formas de unión en el presente: sistema de matrimonio religioso, matrimonio civil facultativo, matrimonio civil subsidiario y de matrimonio civil obligatorio, según la posición adoptada por el Estado respecto a los poderes religiosos (Alberdi, 1982, pp. 97-98). Desde este enfoque es claro que la familia basada en tradiciones religiosas está cediendo en España frente a otro tipo de agrupaciones familiares que están emergiendo. El año 2015 se dieron en España un total de 166.248 bodas. De éstas, 44.721 fueron católicas (un 28,7%) y 738 de otras religiones (un 0,4%), frente a las 115.423 bodas civiles, que representan casi el 70% del total. Así pues, “los nuevos modelos que se proponen de familia son denominados desde la sociología comunitarista como multifamilismo y estas están en claros índices de pujanza” (Aznar, 2018, p. 17).

Estos datos dejan muy a la claras que la trasmisión religiosa deja de recibirse en aquellos hijos que nacen de matrimonios que deciden desvincularse de cualquier tradición religiosa. De hecho, en el año 2009 las bodas civiles superaron a las religiosas por vez primera y esta tendencia no se ha corregido, sino que lejos de disminuir aumenta. Sin duda, la pérdida de influencia de la religión en la sociedad actual es notable en referencia a lo que venía sucediendo hace apenas algunas décadas. El descenso de los matrimonios en España es reseñable, tanto a nivel religioso como civil, pues las parejas cada vez en mayor número deciden un tipo de agrupación o convivencia apartada de cualquier nudo legal. Aún así, es necesario decir en el plano sociológico que: “la familia es un colectivo humano sujeto, como todos, a los mandatos de Dios, pero también es dependiente de tradiciones culturales que cambian con el tiempo. Por eso, tan cristiana puede ser una familia llamada tradicional como una llamada moderna” (Pérez Adán, 1998, p. 89).

La progresiva secularización de las conciencias ha seguido a la secularización de las estructuras como la familiar. Prueba de todo esto son algunos datos ilustrativos que indican la progresiva pérdida de práctica religiosa en familias donde la fe pueda crecer. La caída en la práctica sacramental es notable, por lo que se deduce de una lectura clara sobre cuál es la realidad de la sociedad española y de las familias en torno a la vida sacramental. Los datos que nos ofrece la

Conferencia Episcopal Española sobre los sacramentos recibidos, nos permiten cómo se pierde la raíz religiosa en las cohortes poblacionales más jóvenes, como son los momentos del nacer y del crecer a la vida adulta: bautismo, comunión, confirmación, y como aumenta en la edad adulta. La edad adulta o la vejez está vinculada a la época de cristiandad a la que nos referíamos, pero también es verdad que en esta etapa de la vida, la propia debilidad abre a la persona a la necesidad de trascendencia (Tabla 2/Figura 3).

Tabla 2. Número de sacramentos administrados por la Iglesia Católica 2012-2016

Año	Bautizos	Comuniones	Confirmaciones	Bodas	Unción de Enfermos
2012	268.810	245.427	110.065	62.847	20.493
2013	254.222	249.526	118.069	54.149	23.425
2014	240.282	244.252	116.787	52.495	23.624
2015	231.254	240.094	115.764	51.810	25.354
2016	226.125	238.671	128.832	50.805	24.637

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos ofrecidos por la CEE.

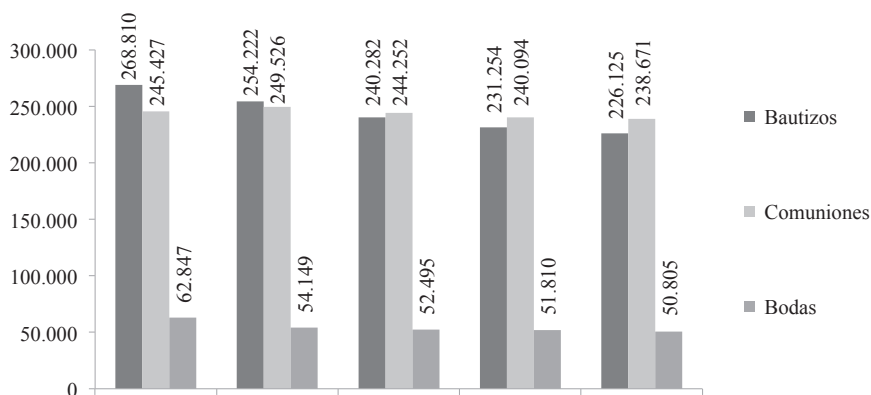


Figura 3. Bautizos, comuniones y bodas administrados por la Iglesia Católica 2012-2016

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos ofrecidos por la CEE.

En el año 2000 se produjeron en España 216.451 matrimonios de los que el 75% fueron oficiados por el rito católico, pero apenas 16 años después, del total de 168.910 matrimonios registrados en nuestro país, apenas 1/3 (50.805) se casaron por la Iglesia. Estos datos hablan de la progresiva desafección religiosa, pero también del creciente miedo al compromiso por parte de muchas parejas que se limitan a convivir un tiempo a modo de prueba y sin ningún tipo de compromiso, no solo sacramental, sino tampoco civil. Del mismo modo el número de bautizos va decayendo significativamente, no solo por la secularización, pues también la caída del índice de nacimientos es alarmante, por lo que son varias las causas que se reflejan en este dato. Difícilmente en este imaginario se transmitirá la fe a muchos de los niños españoles, pues las parejas nuevas que emergen, se alejan de la práctica religiosa y con mayor ideologización en sus posturas. No obstante, aún quedan numerosos matrimonios que entienden que la fe y los bienes humanos que de ella se derivan son un valor positivo para sus hijos y lo demuestran al elegir el tipo de colegio, la asignatura de religión o la petición de los sacramentos de iniciación cristiana: bautismo y comunión. El problema es que no en pocas ocasiones es el propio poder el que intenta educar a los hijos de todos con su propia ideología. No han sido últimamente pocas las quejas al respecto y parece que en este sentido las familias han perdido parte de sus derechos que hace poco estaban muy claros. Ante esto hay voces que se levantan en busca de soluciones alternativas para que las familias que lo deseen se mantengan libres e independientes en la educación primigenia de sus hijos:

Iniciativas como la educación en familia (*homeschooling*) con centros de apoyo o las cooperativas, economatos y bancos de conocimiento y dispensación de servicios que tanto predicamento tienen en la acción asistencial, deberían ser una realidad y haber impregnado la tradición de la educación identitariamente católica como sea hecho con éxito en otra áreas del emprendimiento humano. La verdad es que cuesta comprender cómo es que algo tan evangélico como la gratuidad tiene tan poco calado hoy en día en la realidad de la educación institucional católica (Pérez Adán, 2017, p. 41).

Lo que se constata de todo lo dicho es que la socialización religiosa se ha debilitado en los últimos años. Pues, se da “un serio problema de comunicación, de transmisión de valores, de creencias, de actitudes, de conceptos inteligibles válidos, de referentes, e incluso de oraciones. Entre los jóvenes se produce un desplazamiento hacia la increencia: jóvenes que han recibido una educación religiosa han ido cambiando su postura hacia la indiferencia” (Cerezo y Gómez, 2006, p. 103). De este modo, y como ya hemos señalado, “hay que plantearse la calidad de la educación recibida, la intensidad de la socialización” (Cerezo y Gómez, 2006, p. 104). A modo de esperanza, decir

que se está dando un fenómeno novedoso en la asignatura de religión en la escuela, mientras que con anterioridad las bases de jóvenes que menos escogían la asignatura religiosa eran en secundaria y bachillerato, con el cambio de la ley de LOMCE, donde la materia es equiparable al resto de materias en su nota y en las medias, se ha revertido la situación y ha aumentado significativamente el número de aquellos alumnos que sí escogen dicha asignatura. Es decir, que si es tratada con seriedad y en igualdad de condiciones en el marco académico, presenta resultados favorables. En cambio, los alumnos de infantil han descendido alarmantemente, donde quienes escogen son directamente los padres y ello habla de un tipo de agrupaciones familiares muy distintas a las que estábamos acostumbrados en materia de fe.

Aun así, hemos de saber que “a la hora de elegir colegio para sus hijos, la mayoría de los padres que optan por un colegio religioso lo hacen atendiendo a la calidad de la enseñanza; y solo una minoría (algo superior al 10%) destaca la enseñanza religiosa. (Cerezo y Gómez, 2006, p. 107). Independientemente de este dato, la escuela sigue siendo un factor determinante y que ayuda mucho a los padres en la socialización religiosa de sus hijos. Ayuda en este sentido el carisma personal de algunos profesores y el atractivo de actividades concretas y novedosas que despiertan en el niño el interés por lo religioso. La socialización religiosa que se da en la escuela es débil y de poca intensidad, exceptuando particularidades y carismas concretos que ayudan en tal sentido, y a ello hay que añadir la influencia del ambiente y del grupo de amigos que actualmente tiene una incidencia notable en la elección de los jóvenes. Para los jóvenes sigue ejerciendo un papel muy significativo el valor testimonial de los adultos en el campo de la fe. Todo aquello que esté vinculado con la acción y la misión encaminada hacia los pobres en países del Tercer Mundo o aquello que se hace a favor de los más pobres y marginados, tiene un gran atractivo. Lo que viven los jóvenes es una realidad donde “no han aprendido formas de orar y de vivir la fe que puedan ser facialmente sostenidas en medio del ritmo de esta sociedad. En realidad, una de las alegrías más grandes de un educador se produce cuando puede ver a un estudiante constituirse a sí mismo como persona fuerte, integrada, protagonista y capaz de dar” (Francisco, 2019, p. 133).

Como podemos comprobar en el gráfico que sigue, con datos facilitados por la misma Conferencia Episcopal Española, sobre la elección voluntaria de los padres respecto a la asignatura de religión, una gran mayoría siguen optando por tal enseñanza, pero tal elección no parece tener mucho eco en la vida práctica. Las cifras se refieren al conjunto de colegios: iniciativa estatal, iniciativa canónica o iniciativa civil. Sea como fuere, la realidad es que los padres eligen esta formación para sus hijos y la perciben como buena, aunque haya ido decayendo a los largo de los años y ya en el 2017 los que reciben formación

religiosa oscilan entre el 63% del total y los que no la eligen suponen el 47%. Es importante este dato porque en el año 1996 los que recibían formación religiosa eran el 90,3% y tan solo el 9,7% los que decidían no cursarla. Aún así, es sabido que la educación religiosa no supone necesariamente una posterior práctica religiosa o compromiso creyente, pues la verdadera raíz está en la familia, pero ésta cada vez pierde mayor influencia y se traslada el centro de decisiones a amigos o grupos sociales. Lo que sí parece claro es que muchos jóvenes españoles han dejado de tener una mínima cultura religiosa, lo que sí es objetivamente una gran pérdida cultural y de raigambre (Figura 4).

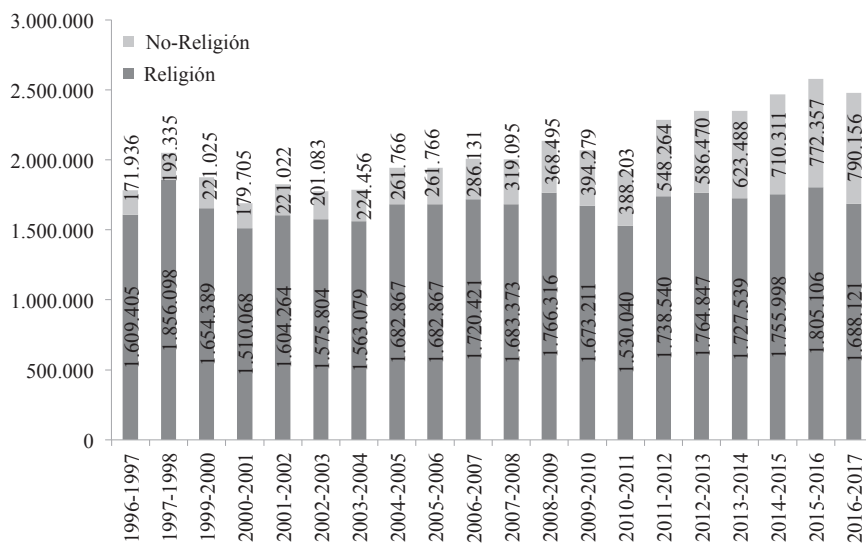


Figura 4. Número de matrículas en religión y su alternativa en primaria en colegios de iniciativa estatal, canónica o civil 1996-2017

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos ofrecidos por la CEE.

El cambio sociológico se percibe más en las franjas de menor edad que se observan en aquellos niños que acuden a la etapa de infantil y que vendrían a coincidir con el descenso de bautizados (teniendo en cuenta el descenso también de nacimientos). Desde que la CEE refleja los datos de Educación Infantil, curso 2002-2003, se percibe con claridad el descenso en matrículas de la asignatura de religión que, a su vez, está íntimamente relacionado con la pérdida de arraigo religioso de muchas de las nuevas familias. En concreto, se ha pasado de un total 89,30% de niños matriculados en religión en Infantil en el curso 2002-2003 a un significativo 63,30% de matrícula en el curso

2016-2017, lo que refleja una pérdida de más de 26% del total, es decir, un 1/3 del total se ha perdido en apenas 15 años. De este modo, podemos cotejar en el siguiente gráfico cómo las franjas de aquellos que no valoran la enseñanza religiosa han ido aumentando significativamente, aunque todavía se mantienen franjas altas en referencia a una elección positiva (Figura 5).

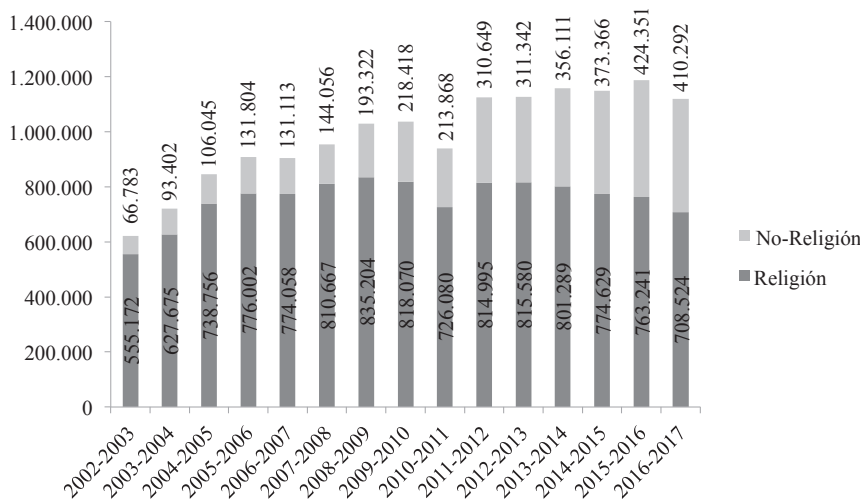


Figura 5. Número de matrículas en religión y su alternativa en Infantil en colegios de iniciativa estatal, canónica o civil 2002-2017

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos ofrecidos por la CEE.

En este sentido hemos venido señalando que la familia naturalmente cristiana no se basta a día de hoy para transmitir la fe a sus hijos, pues son múltiples los factores que inciden en la actualidad. Es importante señalar que esta fe tiene que venir acompañada por un grupo más grande y donde los hijos se confronten con otros niños o jóvenes que vivan la misma socialización religiosa que ellos y así se vean reforzados y no extraños. De no ser así, fácilmente el esfuerzo y dedicación de los padres quedará estéril debido a la múltiple posibilidad de elecciones que tendrán sus hijos y al ambiente hostil en el que se moverán cuando empiecen a independizarse de sus padres. Para ello, el testimonio de una familia que ha vivido en referencia a otras familias o grupos cristianos, para transmitir la fe a sus hijos, es un estímulo que puede ayudar a otras familias.

Es preciso considerar que de todos los matrimonios que hay actualmente el 76% ha recibido el sacramento del matrimonio una vez han iniciado el Camino, y del total de matrimonios habidos en este

tiempo el 65% de las parejas los cónyuges se han conocido dentro de la misma parroquia. Respecto a las edades el 37,5% son jóvenes, con edades entre los 14 y 30 años, el 45,3% tienen edades comprendidas entre los 31 a los 60 años y el 17,2% son mayores de 61 años, por lo que la 'población' joven dobla a la de la tercera edad. Por otro lado durante los cuarenta años que el Camino lleva en la parroquia se ha producido el fallecimiento de 40 hermanos. Sobre la natalidad en las comunidades de la parroquia la media de hijos por matrimonio es de 4,2, de los cuales el 70% de los hijos ha nacido una vez los padres ha entrado en el Camino. Además casi el 80% de los hijos mayores de 14 años han continuado después el Camino incorporándose a una comunidad (Férrandez, 2013).

Esta idea viene siendo suscrita por algunos responsables de distintos movimientos de la Iglesia Católica, como el caso de Julián carrón, actualmente responsable del grupo cristiano de *Comunión y Liberación*, cuando apunta que una relación vivida así constituye la mejor propuesta educativa para los hijos. A través de la belleza de la relación de sus padres son introducidos, casi por ósmosis, en el significado de la existencia. En ella su razón y su libertad son constantemente solicitadas a no perderse semejante belleza. Es la misma belleza resplandeciente en el testimonio de los esposos cristianos que necesitan encontrar los hombres y mujeres de nuestro tiempo (2009). De este modo, apuesta el fundador de este movimiento, por una fe vivida por contacto con otras personas y familias que viven lo mismo. Así señala Rod Dreher, desde una perspectiva de religión ortodoxa, que "la religión es como el lenguaje: solo puedes aprenderla en comunidad, comenzando en la comunidad familiar. Cuando la familia y la comunidad se fracturan y caen, la transmisión de la religión a la siguiente generación se complica muchísimo" (2018, p. 158). En el mismo sentido, el movimiento de los *Focolares*, en boca de su fundadora Chiara Lubich (1920-2008), pensaba en un movimiento que acompañara a la familia en todos los aspectos de la vida como la formación teológica, filosófica, cultural, social, económica, educativa y artística (2002).

Que nadie deduzca de estas últimas palabras que estamos diciendo que sin grupos de referencia no es posible la educación en la fe de los hijos o en qué movimientos deben ser educados. Lejos de nuestra intención tal aseveración o percepción. Hemos señalado un pequeño ramillete a modo de ejemplo, pero pueden ser mucho más u otros que al lector le parezcan oportunos. Lo único que hemos pretendido compartir en el presente artículo es alguna de las líneas o experiencias que sí ayudan a ello, sabiendo que siempre hay variables en este campo que no se pueden predecir, pues en última instancia la libertad juega un papel fundamental en la respuesta de los hijos ante lo que sus padres les enseñan o desean como bueno para ellos. No

obstante, es cierto que la presencia de otros jóvenes y otras familias cercanas que vivan y compartan la misma realidad es una enorme ayuda para los padres que consideran que este legado es el mayor regalo que pueden dejar a sus hijos. El peligro es que la religiosidad se limite al culto esporádico y quede como un barniz que no suponga unas raíces sólidas que ayuden al joven en su peregrinar y cuando se le presenten todo tipo de vicisitudes: “Necesitamos, pues, una recuperación, una formación de la pedagogía del signo, del símbolo, del gesto, una tonalidad expresiva que haga de nuestras liturgias algo vivo, expresivo y simbólico, que transmitan la alegría de la resurrección” (Cerezo y Gómez, 2006, p. 71).

4. Conclusiones

1. La familia juega un papel fundamental en la transmisión de la fe a sus hijos, pero no es algo definitivo, ya que existen múltiples variables que muchas veces son impredecibles. En muchas familias actuales la socialización religiosa de la prole ha sido débil o periférica y ello ha inclinado la balanza hacia una ulterior indiferencia religiosa, dado que el ambiente de secularización es muy fuerte en nuestra sociedad actual.

2. El imaginario social en el que viven las familias actuales es el de una profunda desafección hacia lo trascendente. En tal coyuntura histórica la religión ha pasado por todo tipo de vicisitudes, incluso el intento deliberado por parte de algunos poderes de marginarla del espacio público. Toda esta realidad deja a las familias ante una realidad de extrema dificultad en cuanto a la fe de sus hijos se refiere, pues la misión educadora que se le presupone se ha de realizar casi en estado heroico. El escenario actual nada tiene que ver con el que había hace apenas algunas décadas, donde la misma sociedad ayudaba o acompañaba en la socialización religiosa de los más jóvenes.

3. Frente a esta realidad algunos pensadores, como el caso de Rod Dreher, pretenden abanderar la idea de la necesidad de que las familias cristianas junto a sus hijos se refugien en Nursia (una forma de volver al monacato primitivo en pequeñas comunidades alejadas del paganismo) para conservar sus valores y así se defiendan de un mundo que les es hostil, en lo que se ha dado en llamar la *opción benedictina*. Desde nuestro punto de vista, propugnamos una tercera vía, llamada por nosotros la *opción mariana*, donde las familias cristianas ejerzan y asuman un liderazgo social que permita que brillen los valores del humanismo cristiano en medio de un mundo que no conoce la belleza que de ellos dimanaban. Otras familias pueden sentirse atraídas por tal autoafirmación y valentía, pues la belleza se contagia allí donde resplandece. Valores como el amor, la acogida, la protección del

débil y necesitado, la gratuidad, son virtudes que a poco que se manifiesten se abrirán paso por su propia belleza en nuestra sociedad.

4. La formación que se ha dado en el seno de numerosas familias en materia religiosa ha sido ocasional y propia de momentos vinculados a la infancia: escuela y catequesis de primera comunión o confirmación. Lo que sucede es que si esta fe no se ha ido madurando en referentes sólidos, se ha ido diluyendo progresivamente y queda inservible en una edad adulta que suele caracterizarse por su complejidad y múltiples y variadas opciones, cuando no por un clima de ridiculización de lo religioso.

5. España ha vivido a su vez una particularidad peculiar en lo que se refiere a la religiosidad y a la política. El maridaje que se dio en los años cincuenta-sesenta del siglo pasado y que se conoció como el nacionalcatolicismo, en nada ha ayudado a la religiosidad, pues cuando la Iglesia ha estado unida al poder, siempre ha salido perdiendo con el suceder del tiempo. En estos momentos son todavía muchos los que reprochan esta etapa y se sienten desafectos por tal motivo. Ciertamente, este dato queda ya muy lejano, pero no son pocos los medios de comunicación que se encargan de dar difusión a ello y si cabe de forma sesgada para que se acreciente la indiferencia. Las familias españolas no han podido quedar al margen de todos estos vaivenes históricos y especialmente de las distintas oleadas secularizantes que se han ido sucediendo y que han ido desarraigando la fe de forma escalonada.

6. Los datos que nos refleja el CIS y la CEE hablan con claridad, en ambos sentidos, de la idea de pertenencia al catolicismo de la sociedad española, en torno a un 68%, pero muy alejado de una práctica que sea capaz de enraizar en los más jóvenes, pues apenas un 12% asiste a el culto religioso. Los españoles en gran número acuden a la Iglesia en modo ocasional y sin raíces que sustenten una fe. La acogida de la asignatura de religión en el marco educativo todavía goza de buena salud, sobre todo si se la trata dignamente, pero es verdad que en la etapa de infantil hay un descenso más que significativo y que habla de un modelo de nuevas familias que educan a las jóvenes generaciones en el desapego.

7. Una familia que pretenda legar la fe a sus hijos ha de sustentarse y referirse a otras familias que intenten vivir lo mismo. De esta manera, los hijos se socializaran religiosamente vinculados a otros amigos que vivan lo mismo en un proceso similar casi naturalmente. Cada familia ha de descubrir su lugar y momento, pero es necesario que se dé una ayuda comunitaria, de no ser así se ha demostrado que las catequesis que se dan de forma puntual en orden a la recepción de algún sacramento o la misma escuela, aunque sea religiosa, no bastan para proteger al niño de una posible caída en la indiferencia en la etapa adulta. Se ha demostrado que los hijos no pueden vivir de

la fe de sus padres, les es una ayuda enorme y un referente importante, pero han de crecer en su propio itinerario o biografía religiosa en medio de espacios donde se madure espiritualmente con otros jóvenes. Como se ha dicho, un sucedáneo de Dios vaciado de todo misterio y sentido redentor no sirve para una edad donde lo que se busca es autenticidad.

8. Los colegios e instituciones eclesiales han de replantearse su estrategia y función social. Una cosa es sobrevivir en medio de una sociedad que se enfría en lo religioso, pero otra muy diferente es mantener el espíritu de transmisión de la *Buena Noticia* que las vio nacer. No basta con trabajar una serie de determinados valores que a todos gustan, sin duda necesario, pero cabe dar un paso más en el sentido de presentar la novedad y verdad del Evangelio como propuesta de vida para el joven de hoy. Se trata de insertar al alumno en una Verdad capaz de guiar una vida, para ello necesitan de testigos veraces y de testimonios heroicos.

Referencias

- Alberdi, I. (1982). Un nuevo modelo de familia. *Papers: revista de sociologia*, (18), 87-112.
- Aznar, J. (2018). El progreso de la familia en la obra de Pérez Adán. *Familia: Revista de ciencias y orientación familiar*, (56), 11-35.
- Blasco, P. G. (2006). La socialización religiosa de los jóvenes españoles: familia y escuela. *Bordón. Revista de pedagogía*, 58(4), 493-518.
- Carrón, J. (2011). La transmisión de la fe en la familia. Intervención de Julián Carrón en el Encuentro Mundial de las Familias de 2006 en Valencia. 24/02/2019, de comunión y liberación Sitio web: <https://espanol.clonline.org/noticias/actualidad/2011/03/10/la-transmisi%C3%B3n-de-la-fe-en-la-familia>.
- Casanova, J. (2012). *Genealogías de la secularización*. Barcelona: Anthropos.
- Cerezo, J. J. y Gómez, P. J. (2006). *Jóvenes e Iglesia*. Madrid: SM.
- Donati, P. y Colozzi, I. (1997). *Giovanni e generazioni. Quando si cresce in una società eticamente neutra*. Bologna: Il Mulino.
- Donati, P. y Solci, R. (2011). *I beni relazionali. Che cosa sono e quali effetti producono*. Torino: Bollati Boringhieri.
- Dreher, R. (2018). *La opción benedictina*. Madrid: Encuentro.
- Escudero Torres, E. (1997). *Creer es razonable*, Valencia: Edim.
- Fernández, E. (2013). Frutos del Camino Neocatecumenal. 24/02/2019, de Camineo.Info. Sitio web: <http://www.camineo.info/news/153/ARTICLE/24590/2013-01-03.html>.
- Francisco, Papa (2019). *Vive Cristo. Esperanza nuestra. Exhortación apostólica Christus Vivit*. Salamanca: Edibesa.

- Garrido Zaragoza, J. J. (2005). *Pensar desde la fe*. Valencia: Edicep.
- Gomá, J. (2019). Ante el sórdido hecho biológico de la muerte cabe la esperanza de la inmortalidad. 17/02/2019, de ABC Sitio web: <https://www.abc.es/cultura/20130210/abci-entrevista-javier-goma-201302080242.html>
- González Blasco, P. y González-Anleo, J. (2012). *Religión y sociedad en la España de los 90*, Madrid: Ediciones SM.
- Juan Pablo II (1981). Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio*.
- Lubich, Ch. (2002). *La doctrina espiritual*. Madrid: Ciudad Nueva.
- Pérez Adán, J. (1998). *Manifiesto anticonservador*. Granada: Carmiquel.
- Pérez Adán, J. (2017). *Caridad política*. Valencia: Fundación Intera-mericana Ciencia y Vida.
- Pérez Adán, J. (2019). La opción mariana. 24/02/2019, de Ciudad Nueva.com. Sitio web: <http://ciudadnueva.com.ar/la-opcion-mariana/>
- Pérez Adán, J. et al (Ed.). *Sociología mariana*. Pamplona: Eunsa.
- Ratzinger, J. (2006). *Ser cristiano en la era neopagana*, Madrid: Encuentro.
- Sarriá, B. (2016). Los matrimonios religiosos no alcanzan el 30% en España. 28/12/2018, de El Mundo Sitio web: <https://www.elmundo.es/sociedad/2016/08/10/57a20f10e2704e572a8b4657.html>
- Taylor, Ch. (2006). *Imaginario sociales modernos*. Barcelona: Paidós.
- Tierno Galván, E. (1992). *¿Qué es ser agnóstico?* Madrid: Tecnos.